

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

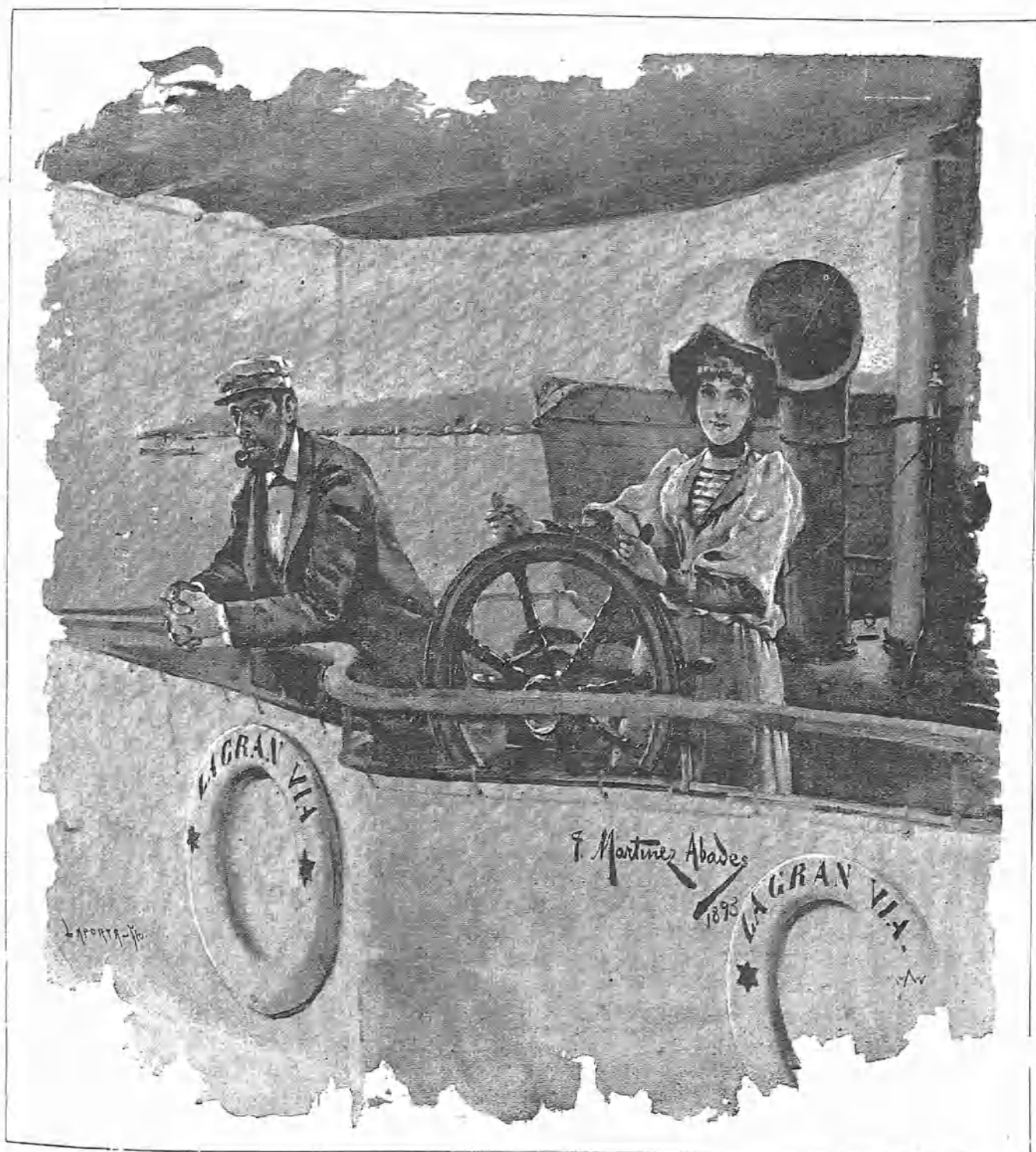
Domingo 2 de Julio de 1893

NÚMERO 1.

DIRECTOR:

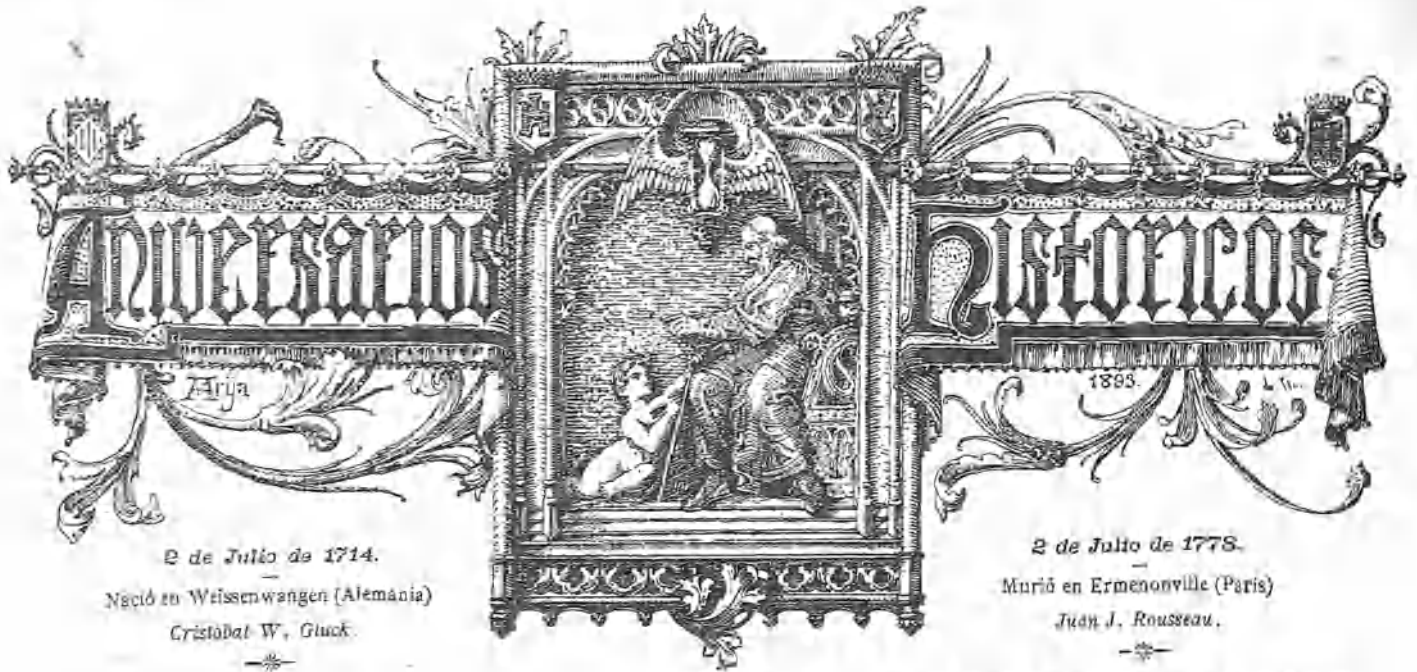
Felipe Pérez y González

NOTAS ARTÍSTICAS



¡AVANTE!

Composición y dibujo del Sr. D. JUAN MARTÍNEZ ABADES.



2 de Julio de 1714.
Nació en Weissenwangen (Alemania)
Cristóbal W. Gluck.

2 de Julio de 1778.
Murió en Ermenonville (París)
Juan J. Rousseau.

HACE algunos años apareció en los carteles del Teatro Real el título de una ópera que no formaba parte del repertorio ordinario, y el nombre de un maestro compositor que si para los verdaderos aficionados era conocido, para muchísimos *dilettanti*, y para la mayoría del público, era completamente «nuevo».

Orfeo, ópera del maestro Gluck.

Y era cosa de oír á aquellos *dilettanti* y á aquella parte del público preguntándose los unos á los otros, y repitiendo con curiosidad grandísima aquel nombre que, al ser repetido, producía un ruido extraño, a manera de estrecha boca de desagüe que traga sin descansar gran cantidad de líquido, ó a modo de coto de «gargarizadores».

—¿Gluck? ¿Gluck?
¿Gluck? ¿Gluck? ¿Gluck?

Casi todos los periódicos satisficieron en parte la curiosidad pública, unos acudiendo á sus propios conocimientos, otros publicándolo los datos proporcionados por aficionados eruditos y

no pocos apelando á las noticias del Larousse, y así todo el mundo supo ya en aquellos días que había existido un notable compositor alemán llamado Cristóbal Wigibaldo Gluck, quien gozó en su época de gran fama y popularidad, siendo considerado por su talento musical, por su inspiración, y sobre todo por su inteligentísimo espíritu innovador y reformista, como fundador de la moderna escuela musical alemana y como uno de los más grandes genios de que puede ufanarse la escota lírica.

Gluck, hijo de Alejandro Gluck, guarda general de los jardines y bosques del príncipe Sobkowitz, siendo muy niño quedó huérfano y pobre, y tuvo que buscarse la vida unas veces tocando el violín en las iglesias, otras vendiendo de pueblo en pueblo, como músico ambulante, hasta que su buena estrella le llevó á Viena, donde su talento y su maestría en la «ejecución» de varios instrumentos, especialmente el *violoncello*, fueron apreciados, y pudo tener medios para vivir mejor y para perfeccionar su educación artística con la protección del príncipe de Melsi, que lo llevó á Italia, donde recibió lecciones del famoso profesor San-Marzial.

Las primeras óperas de Gluck demostraron sus conocimientos, acreditaron sus disposiciones y presagiaron sus futuros triunfos; pero aún no se adivinaba el poderoso genio reformista, que es base principal de su fama y que sólo se reveló después en Londres, donde, según dice uno de sus biógrafos, sus relaciones con el compositor Arne y con su mujer, cantante de primer orden, ejercieron en su ánimo felicísima influencia.

Desde entonces en todas sus obras descubriase el empeño de apartarse de la escuela italiana, «para dedicarse á buscar la verdad dramática», fundando la escuela á que los wagneristas dan hoy el nombre de su ídolo, quien con su talento poderoso no hace, sin embargo, más que seguir el sistema y perfeccionar la obra de Gluck.

En la carta-dedicatoria de su *Alceste*, estrenado en 1776, ya este maestro explicaba su nuevo procedimiento con estas palabras: «He procurado reducir la música á su verdadera función; la de secundar á la poesía para fortalecer la expresión de la frase sin debilitar la acción de la obra ni enfiarla con adornos superfluos. Creó que la música debe añadir á la poesía lo que añade á un dibujo correcto y bien compuesto la vivacidad de los colores y la combinación feliz de luces y de sombras, que sirven para animar las figuras sin alterar los contornos...» «La imitación de la naturaleza—decía Gluck en una carta publicada en *El Mercurio*—es el objeto que deben proponerse las Artes; es el que yo procuro realizar Siempre sencilla y natural, tanto como me ha sido posible, mi música no tiende sino á reforzar, por decirlo así, á dar la mayor expresión á la declamación de la poesía; razón que me ha hecho no emplear los *trinos*, las *modulaciones*, los *ritornellos* ni las *cadencias* que prodigan los italianos.»

El éxito alcanzado por esta reforma, fué inmenso; pero á la vez que surgieron en París miles de admiradores entusiastas del genio de aquel maestro, á quien Burney, pintando «su manera» vigorosa con una frase feliz, llama «el Miguel Ángel de la música», también aparecieron enemigos y detractores, que para inutilizarlo dedicaron sus aplausos y sus elogios á otro músico notable,

GLUCK.—Figura del cuadro de Hamman «Gluck en el Trián»



P. Carcedo



Nicolás Piccini, napolitano, quien, á pesar de su talento indiscutible, parecía destinado á andar siempre contra su voluntad, siendo objeto de rivalidades y deluchas, y á salir siempre en éstas vencido y quebrantado.

Ya en Roma, cuando Piccini se hallaba más en boga, se presentó Anfossi, compositor, que llegó á ser el ídolo de los romanos; y los partidarios de este músico, no contentos con exagerar su mérito, llegaron hasta á silbar y á retirar de la escena una ópera de Piccini. Este, después de una enfermedad producida por aquel disgusto, abandonó á Italia y se dirigió á París, donde los contrarios de Gluck pusieron frente á éste, dando ocasión á que se formasen los dos bandos de *gluckistas* y de *piccinistas*, que durante algunos años sostuvieron luchas terribles y personalísimas. Al frente de uno y de otro partido habia aires personajes (1) y escritores distinguidísimos. Eran jefes de los primeros Suard, el abate Arnaud, Coqueau y Du-Rollet; dirigían á los piccinistas Marmontel, La Harpe, Glónguéné y D'Alembert; pero lo que dió carácter más singular á la contienda fué el tomar parte en ella la misma reina María Antonieta, que habia sido discípula y era partidaria acérrima de Gluck, y la célebre madama Du Barry, segunda favorita de Luis XV, aquella hija de un lacayo y de una costurera que llegó á ser «reina de la mano izquierda», como la llama Capefigue, la cual habia hecho ventajosas proposiciones á Piccini para ir á París, y alentaba y dirigía á los parciales de éste por amor propio y por el odio profundo que siempre tuvo á la *petite rousse*, como ella llamaba á la infortunada esposa de Luis XVI.

En 1780 Gluck se marchó á Viena, poniendo con su marcha término á la guerra musical, en que habian sido para él la mayor parte de los honores. Siete años después, el 25 de Noviembre de 1787, murió rodeado por sus numerosos discípulos, entre los que más se distinguieron después Salieri y Mehul, y dejando á sus herederos una fortuna adquirida por el trabajo constante, y que ascendía á más de 600,000 francos.

La fecha del 2 de Julio, que trae á la memoria el nacimiento de Gluck, recuerda á la vez el fallecimiento de un escritor famosísimo, contemporáneo de aquél, que también tuvo sus puntas de músico, sus ribetes de compositor y sus pujos de innovador y de reformista en el arte musical y que también fué cruelmente combatido precisamente por los enemigos implacables de Gluck.

No es, sin embargo, como músico como logró renombre en vida y como después de muerto es más conocido y admirado Juan Jacobo Rousseau, el célebre autor del *Emilio* y del *Contrato social*; pero como en esta Revista y en esta sección no nos proponemos hacer serios estudios críticos ni graves disquisiciones históricas, sino buscar la parte curiosa, amena y anecdótica de los hechos ó de los personajes, en ligerísimos apuntes; prescindiendo de lo que Rousseau fué como filósofo, como escritor y como hombre—en este último concepto dejó algo que desear,—y ateniéndonos á la relación establecida con Gluck, por el apuntado sincronismo y por sus aficiones musicales, sólo daremos aquí las brevísimas noticias que el espacio limitado nos consiente acerca de Rousseau, músico.

Juan Jacobo, según el parecer de cuantos le trataron de niño y de joven, era una criatura inepta. Le dedicaron al oficio de relojero, que ejerció su padre, y Müsseron, su maestro, desesperado por su torpeza, le despidió ignominiosamente. Algunos años después madama de Warens, su protectora, quiso dedicarlo á la carrera eclesiástica, y le hizo entrar en el Seminario de Annecy. Al poco tiempo el rector, le ponía en la calle, escribiendo á madama Warens «que aquel mozo no servía

ni para cura». Sin embargo, del Seminario sacó Rousseau su decidida afición á la música, que siempre le dominó, al extremo de dejar en alguna ocasión un destino seguro y lucrativo sólo por consagrarse á ella. A los veintiún años puso Academia de música, y logró tener muchos discípulos. Inventó el sistema de sustituir las notas por cifras en la escritura musical, y presentado por Reaumur en la Academia de Ciencias, dió noticias de su descubrimiento en la sesión de 22 de Agosto de 1712; pero la Academia decidió que «aquel sistema, aunque ingenioso, no era nuevo ni practicable»; decisión que no obstó, para que algunos años después fuese aplicado con buen éxito en la enseñanza musical. Compuso *Le desin du village*, ópera que alcanzó brillantísimo éxito, y cuya partitura aseguraban sus enemigos que habia robado al maestro de capilla de la catedral de Annecy, á quien Rousseau acompañaba cuando murió repentinamente en Lyon. Escribió varias obras y folletos sobre asuntos musicales; uno de ellos, su *Carta sobre la música francesa*, puso en peligro su libertad y su vida.

Los cantantes y los músicos del teatro de la Opera quemaron á Rousseau en effigie en el patio de la Academia Real de Música, á pesar del éxito de *El Adivinador*, entonces en todo su esplendor. Por último, durante muchos años ganó el pan copiando música, y el célebre escritor Bernardino de Saint-Pierre, que le visitó en Junio de 1772 en su buhardilla de la calle Plâtrière, habla de ella en un curioso trabajo. «Nos encontramos—dice—en un pequeño recibimiento y pasamos á una reducida habitación, donde J. J. Rousseau estaba sentado, envuelto en un amplio redingot y con un gorro blanco en la cabeza, ocupado en copiar música. Levantóse con aire sonriente, nos presentó sillas, y volvió en seguida á su trabajo, sin dejar por ello de seguir con nosotros la conversación. Era delgado y de mediana estatura. Uno de sus hombros parecía más alto que el otro, fuera efecto de la actitud que tomaba en su trabajo; fuera que la edad habia deformado su figura, porque entonces pasaba ya de los sesenta años. En cuanto á lo demás, era muy bien proporcionado. Tenía la tez morena, los pómulos ligeramente sonrosados, la boca bonita, la nariz bien hecha, la frente alta y redonda y los ojos llenos de fuego y de viveza... El orden



JUAN JACOB ROUSSEAU.—Retrato de Staal.

y el arreglo de su habitación, donde también estaba su mujer ocupada en repasar la ropa blanca, ofrecen un conjunto de limpieza, de paz y de sencillez que encantaban.»

Rousseau fué cruelmente calumniado en vida y en muerte, aun por los mismos que se llamaban sus amigos; pero también tuvo quien le elogió y vindicó, como Saint-Pierre y Grétry, y quien le dispensó su protección, como la famosa madama de Pompadour, que en su teatro particular de Bella-Vista puso en escena *El Adivinador* en 1753, cantando ella misma la parte de *Colette*.

Al día siguiente de la representación, madama de Pompadour envió cincuenta lises á Rousseau, que le dió las gracias en la siguiente carta:

«París 9 Mayo 1753.

«Señora:

«Al aceptar el presente que me han entregado de parte vuestra, creo haber manifestado bastante mi gratitud y mi respeto á la mano de que procede; pero aún me atreví á agregar, por el honor que habéis hecho á mi obra, que de las dos pruebas á que me habéis sometido, no es por cierto la del interés la más peligrosa.

«Soy con el mayor respeto, etc.»

La ópera de Rousseau fué la última representada en el teatro de madama de Pompadour, que ya no agradaba á Luis XV como actriz y como cantante, porque al fin el Cristianísimo Monarca se habia cansado de comedias, de bailes y de «gorgoritos».

(1) «Al acabar cada ensayo del *Alceste*, dice Feis, algunos príncipes y grandes señores *gluckistas* se apresuraban á ofrecer á Gluck el abrigo y la peluca, pues el maestro tenia la costumbre de encaquetarse un gorro de dormir para dirigir los ensayos.»

TIPLE LIGERA



HACE unas cuantas tardes me encontré en la calle del *Arenal* á mi amigo Felipe Pérez, y me pidió un articulejo para este nuevo periódico.

—¿Sobre qué lo hago?
—Sobre lo primero que te venga á las mientes.

¿Por qué lo primero que poco después me vino á las mientes, fué una tiple ligera?

Misterios del corazón y de las mientes.

Pero fiel á mi promesa, me voy *al bicho*, ó á la tiple, brindando por la salud de ustedes.

¿Qué es una tiple ligera? ¿La que pesa poco? ¿La que anda de prisa? ¿Es ligera de cascos, ó ligera de ropa? No, señor; nada de eso.

La tiple ligera es una joven simpática, fina y complaciente. Guapa en ocasiones, y fea las demás. Como su inclinación por lo lírico fué siempre tremenda, á lo lírico se dedica, bajo la guarda y protección de su mamá. No la mamá de lo lírico, sino de la tiple.

En todos los teatros hay tiples ligeras. Y todas se parecen en lo físico y en lo moral.

Son las que no llegan ó las que no suben.

Saben sonreír, mirar al cielo, andar á saltitos y representar lo cómico.

Que no les den á ellas romanzas trascendentales, ni dúos con gorgoritos. Walses, tangos, *couplets*, y su baile correspondiente.

Las hay á docenas. ¡Pobrecitas!

El público las aplaude, eso sí, porque lo que el público dice:—¿Qué voy á pedir á una tiple ligera?

Y lo que dice también el compositor: ¿Qué voy á escribir para esta tiple?

Por fortuna, hay en España un teatro llamado *chico*—tenemos la exclusiva—que protege y ampara á la tiple ligera. En los *grandes* no podría prosperar.

A veces su ligereza es tan notable, que no la oye ni el cuello de su cami-

sa. Abre la boca y echa, no la voz, sino el aliento; pero eso es lo de menos. En cambio tocan á bailar, y vengan arqueo de brazos y miraditas dulces y movimiento picaresco.

A veces declama sin sentido, es verdad; pero ella no es actriz, porque si fuera actriz, iría al *Español*—no sé á qué, por supuesto.—Ella es tiple ligera, y no hay que darle vueltas.

Su madre lo pregona.

—Si ésta, exclama muchas veces, tuviera voz y supiera música, y se dedicase al género serio, claro está que valdría un tesoro. Mi hija es tiple ligera, hoy por hoy, gracias á Dios, y se la disputan las empresas.

La tiple ligera vale muy poco en la escala musical, pero puede valer mucho en la escala de la vida.

He conocido á varias que sin saber una nota del pentagrama, manejaban muy bien la aguja de marear.

Yo no sé si las tiples ligeras pueden llegar al *sol* apretando mucho; pero me consta que á veces dan el *si* con la mayor facilidad del mundo.

Para ser tiple ligera hace falta ante todo una madre. Luego, un autor importante que se interese por la chica. Después, un director de escena que la proteja. Y, por último, un "papel".

Adviertan ustedes que en la *composición* de la tiple ligera no entra para nada el empresario. Se la da hecha.

El sueldo que aquélla disfruta varía, según las circunstancias. Desde cinco pesetas á setenta, y me quedo corto.

La tiple que se planta en este último precio, tiene concluída su carrera. Existen, como acabo de indicar, tiples ligeras más caras.

Son seres privilegiados que el pú-





blico bonachón eleva hasta las bambalinas. Las doctoras, digámoslo así, entre la clase.

Para ser doctora se exige en todos los reglamentos y programas universitarios, un buen palmito. Los ojos entran por mucho.

El carácter de la tiple ligera es celosillo de por sí. Mira con prevención á sus colegas y se considera superior

á todas por esto, por lo otro y por lo de más allá.

Por un quitame este papel, mueve cualquier "jollín", y no hay que tentarle la ropa, porque en seguida se siente enferma y revienta á cualquiera.

No gusta de repetir mucho en los ensayos.

Oye al autor con vaciencia, y hace después lo que quiere.

Trabajar, no digamos. En todas sí señor, v zurra que es tarde

Sus tipos privilegiados son: chula, señorita, cursi, diosa, y «bigardo». Bigardo significa hombre. Esto de cambiar de sexo la seduce.

La tiple ligera viste muy bien, cuando puede.

En sociedad luce unos sombreros que dan la hora.

Si la pregunta usted quién fué *Talma*, no lo sabe; pero háblele usted de las "mangas de jamón," y verá usted si es erudita.

En cuestiones de amor es ecléctica. No prefiere ningún color. Lo mismo el moreno que el rubio pueden, según las circunstancias, tocar la cuerda sensible.

Hay tiples ligeras que se casan. El premio grande. Poquitas veces toca.

La tiple ligera lo es hasta que se muere.

Sin embargo, hay excepciones.

Deja de serlo por exceso de carnes, ó por afonismo completo y absoluto de las cuerdas.

En el primer caso, pasa á característica, y en el segundo pasa... los grandes apuros.

Podría extenderme mucho más—¡ya lo creo!—sobre las tiples ligeras; pero concluiría por hacerme pesado.

Afirmo que las quiero con pasión... y muerte, y que estoy dispuesto á complacerlas.

Lo cual que lo haré con mucho gusto.



MARIANO PINA Y DOMINGUEZ.



Autógrafos.

La edad me dejó de muchas galas,
mas llevo todavía,
el yelmo de Mambrino en la cabera
y en los hombros la capa de Alvariva

Manuel del Palacio

Los cinco sentidos.

LA VISTA

Don Estanislao
Garri gurri-goy,
se casó en Bilbao
ya hace un año hoy,

con doña Isidora
Gurri gorri-gay,
que es una señora
fea si las hay.

Tiene una figura
tan hombruna y rara,
que al casarla el cura
la miró á la cara

lleno de temores,
y exclamó aturdido:
—¿Cuál de estos señores
va á ser el marido?

Ni una cosa grata
se ve en su persona;
es jibosa y chata,
y es tuerta y pelona;

tiene grandes cejas,
de varios colores;
son sus dos orejas
dos "aventadores,"

y dan á las gentes
sustos soberanos,
su boca, sus dientes,
sus pies y sus manos.

Todo el que la encuentra,
sin pararse pasa,
y cuando ella entra
en alguna casa,

los gatos maúllan;
los niños se encierran;
los perros aúllan,
y todos se aterran.

Si un muchacho brama,
mortifica ó llora,
y su madre exclama:
—¡Que viecee Isidooora!

ya por de contado
no se oye ni un grito,
que, aterrorizado,
calla el angelito.

En fin, yo, al tratarla,
porque es mi vecina,
resolví tomarla
como medicina.

Cuando el hipo siento,
me voy á su casa;
la miro un momento...
y en seguida pasa.

¡Bueno! Pues dichoso
no hay otro en Bilbao,
como lo es su esposo
don Estanislao,

que nunca se mueve
de junto á su esposa,
y que hasta se atreve
á llamarla... "¡hermosa!"

Ella ya ha cumplido
más de los cuarenta,
pero su marido
no lleva la cuenta;

y con extremado
cariño que irrita,
muy amartelado
la llama... "¡Niñita!"

Ella está orgullosa,
y mimar se deja,
porque más mimosa
no hay otra pareja;

ni paz más segura,
ni amor más profundo,
ni cierta ventura
más grande en el mundo.

¿Y á qué es tan hermoso
bienestar debido?...
Pues á que al esposo
le falta... ¡un sentido!

Si él, sólo un instante,
la vista cobrara,
v viera delante
figura tan rara,

el pobre querría
volver á estar ciego,
y ya nunca habria
ni amor ni sosiego.

Porque si en Bilbao
feliz vive hoy
don Estanislao
Garri-gurri-goy,

es... porque él ignora
que asustarse hay
con doña Isidora
Gurri gorri-gay.

FELIPE PÉREZ
Y GONZÁLEZ.



INOCENCIA.—Dibujo de L. Bassini.



Galanteria barata.

TRATÁNDOSE de LA GRAN VÍA, se puede hacer un artículo *viable* sobre asuntos del tranvía.

Tienen los franceses un proverbio que dice: *Les petits cadeaux entretiennent l'amitié.*

Si la amistad se ha de conservar por medio de insignificantes obsequios, bien se puede hacer la afirmación de que España es el país más *amistoso* del mundo.

En el tranvía todos somos espléndidos, galantes, obsequiosos...

Conozco á muchos que sólo toman asiento en ese

vehículo para tener el gusto de pagar el importe del trayecto á las personas conocidas que van dentro.

Hay quien se pone triste, melancólico, al ver, desde la plataforma, que no transita ningún amigo al cual pueda pagar los diez céntimos de costumbre.

¡Es tan grato atisbar por la

portezuela al cobrador en el momento en que éste llega á la persona obsequiada!

El cobrador. — ¡Está pagado!

El transeunte. — ¡Cómo! ¿Quién ha sido?

El cobrador. — Allí; aquel caballero ha dado los diez céntimos por usted.

El transeunte (saludando desde lejos). — ¡Muchas gracias!

El obsequioso (con aire de desprendimiento). — No hay de qué. ¿Qué tal?

— ¡Bien!

— ¿Y en casa?

— Todos buenos.

Muchas veces, cuando el tranvía va muy lleno, la perso-

na obsequiada no puede llegar á saber quién ha sido el dadivoso Creso que se ha tomado la libertad de hacerle un adelanto de diez céntimos.

En muchas ocasiones, aunque se le vea, no se le conoce.

El obsequiado dice:

— Pues, señor, no caigo.

— ¿Temía usted caerse del tranvía? — le pregunta el que va á su lado.

— No, señor; digo que no caigo en la cuenta de quién puede ser ese caballero que ha pagado por mí.

— Quizá sea el mayor enemigo de usted.

— ¡Caramba! Eso no.

— Vea usted lo que me pasó á mí una vez:

seriamente con cierta persona. — “De usted, le dije, no

la gloria. — ¡Ya tomará usted me replicó con sorna. — ¡Jamás!...

¡Primero la muerte!.. Ocho días después re recibí una carta

concebida en estos términos: “Me debe usted diez

céntimos, señor mío. Ayer tuve el gusto de pagarle

el viaje *hasta el Hospicio*. ¿Y sabe usted lo que le dije al cobrador para que supiera por quién pagaba? Pues le señalé á usted de este modo: Aquel



me

Reñí

perso-

quiero ni

algo de mí!

¡Primero la

muerte!..

Ocho días después re recibí una carta

concebida en estos términos: “Me debe usted diez

céntimos, señor mío. Ayer tuve el gusto de pagarle

el viaje *hasta el Hospicio*. ¿Y sabe usted lo que le dije al cobrador para que supiera por quién pagaba? Pues le señalé á usted de este modo: Aquel

me

Reñí

perso-

quiero ni

algo de mí!

¡Primero la

muerte!..

Ocho días después re recibí una carta

concebida en estos términos: “Me debe usted diez

céntimos, señor mío. Ayer tuve el gusto de pagarle

el viaje *hasta el Hospicio*. ¿Y sabe usted lo que le dije al cobrador para que supiera por quién pagaba? Pues le señalé á usted de este modo: Aquel

me

Reñí

perso-

quiero ni

algo de mí!

¡Primero la

muerte!..

Ocho días después re recibí una carta

concebida en estos términos: “Me debe usted diez

céntimos, señor mío. Ayer tuve el gusto de pagarle

el viaje *hasta el Hospicio*. ¿Y sabe usted lo que le dije al cobrador para que supiera por quién pagaba? Pues le señalé á usted de este modo: Aquel

me

Reñí

perso-

quiero ni



señor del rincón, que lleva corbata azul... ¡y que es tan feo!..

— ¡Se batirían ustedes!

— No, señor; eso es lo que él hubiera deseado. Pero á mí no me dió la gana. Quise corresponderle, *dejándole feo*.

La verdad es que se prestan al ridículo en muchas ocasiones las porfias pasajeras que se entablan entre dos ó más personas para pagar el tranvía.

Dijérase que es una cuestión de mucha monta. La hidalguía, la caballerosidad, el desinterés, *ofréncense* de un modo altamente cómico.

— ¡Yo voy á pagar!

— No, deje usted...; ¡sí tengo yo suelto!



—¿Qué importa?... ¡Yo he sido primero!
 —Cobrador, no lo tome usted.
 —Hombre... ¡por Dios!
 —Permítame usted.
 —Digo que no... ¡Déjelo para otro día!
 —Vaya, pues... ¡muchas gracias!
 —No hay de qué... (*Al cabo de un rato.*) Tome usted el billete para mostrarlo al revisor, porque suelen pedirlo en esta línea.
 —Es una línea de conducta que me parece muy molesta.

Los dos viajeros, que casi se han peleado para obsequiarse mu- la enorme can- céntimos, no negación el elotromásallá grande.

Los billetes los *petits ca* hablan los Ese prurito alarde de des- suelen servir

vanidad y á la jactancia de algunos.

Conozco yo á cierto individuo que acostumbra darse el placer de pagar el tranvía á los personajes más notables en política, ciencias y literatura.

—Mire usted, dice al cobrador, estos diez céntimos para D. Ramón de Campoamor, aquel caballero del pelo blanco que va el primero á la derecha.

Los que oyen aquello miran al obsequiante, diciendo para sí:

—¡Este será, de fijo, algún poeta!

Y no es más que un pelafustán ridículo y vanido so, que se apea á tiempo para evitar que el bueno de D. Ramón diga:

—¡Si yo no conozco á ese caballero!

Suele ocurrir que, á pesar de ser indiscretamente obsequiados en el tranvía, tienen que pagar los fa- vorecidos un suplemento de viaje.

Figúrense, por ejemplo, que al ir desde la Puerta del Sol al *cocherón* de la calle de Serrano, una de esas personas de la urbanidad barata entrega por



tuamente con tidad de diez llevan su ab- uno para con de una *perra*

del tranvía son *deaux* de que franceses. de cortesía, ese prendimiento, de pábulo á la

ustedes los diez céntimos, que sólo dan opción á una parte del trayecto. En la calle de Goya cesa la eficacia del obsequio. Desde allí hasta el final del viaje, el amigo ya no es amigo. ¡La generosidad tiene sus límites!

Yo retiraría el dictado de cursi á esa costumbre nuestra, si se me probase que la galantería obligaba á obsequiar al conocido en cualquier parte donde se le encontrara.

En la Administración del ferrocarril del Norte, verbigracia:

—¡Hola, amigo! ¿dónde va usted?

—A San Sebastián.

—Pues vamos juntos una parte del camino, porque yo me dirijo á Segovia.

—¡Cuánto me alegro! Voy á pagar por usted.

—De ningún modo.

—¡Ya está! ¡Ea! Tome usted su billete.

O en un restaurant:

—¡Camarero! ¡La cuenta!

—No debe usted nada, señorito. Ha pagado por usted ese caballero que acaba de marcharse y que le ha saludado antes.

Los obsequios en el tranvía le humillan á uno. Obligan al transeunte á llevar de memoria la cuenta corriente de los céntimos recibidos.

¡No es cosa de pasar por un gorrón ó por un avaro!

Hay que decir:—Fulano me pagó ayer el tranvía; hoy debo yo pagárselo á él.

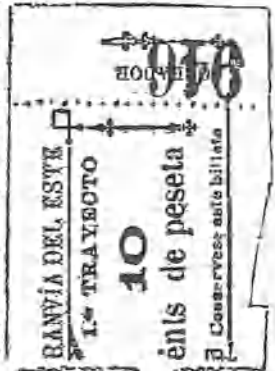
Y los apuros son si Fulano va con señoras.

—¿Pagaré por él solo?... ¿Pagaré por todos? ¿Cometeré alguna imprudencia?

¡Nada!... Me rebelo contra esta costumbre.

Y sólo la podré aceptar el día en que mi casero me entregue el recibo de la mensualidad corriente, diciéndome:

—¡Está pagado! Lo ha satisfecho por usted ese caballero del tranvía.



PEDRO BOFILL.

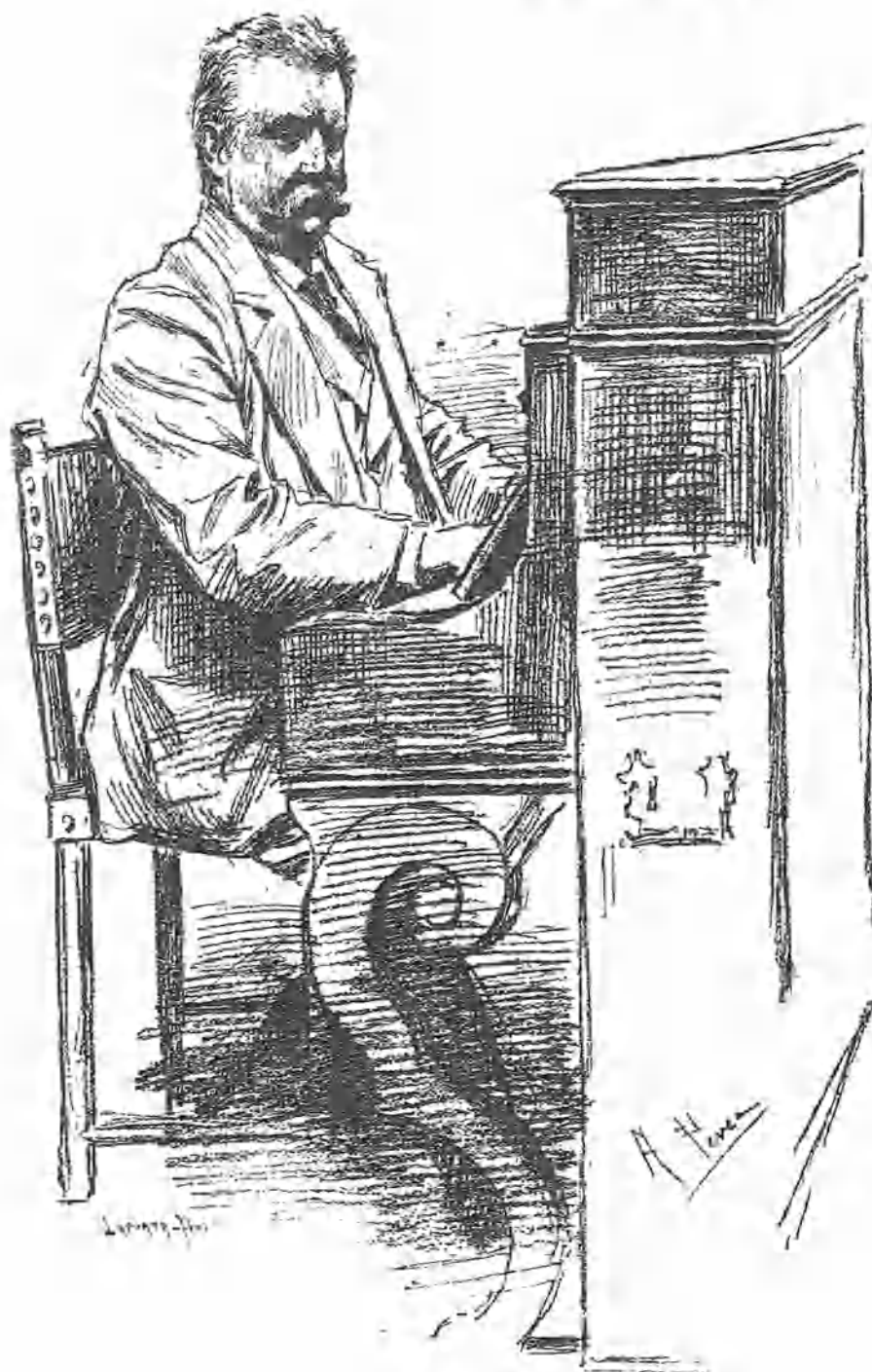


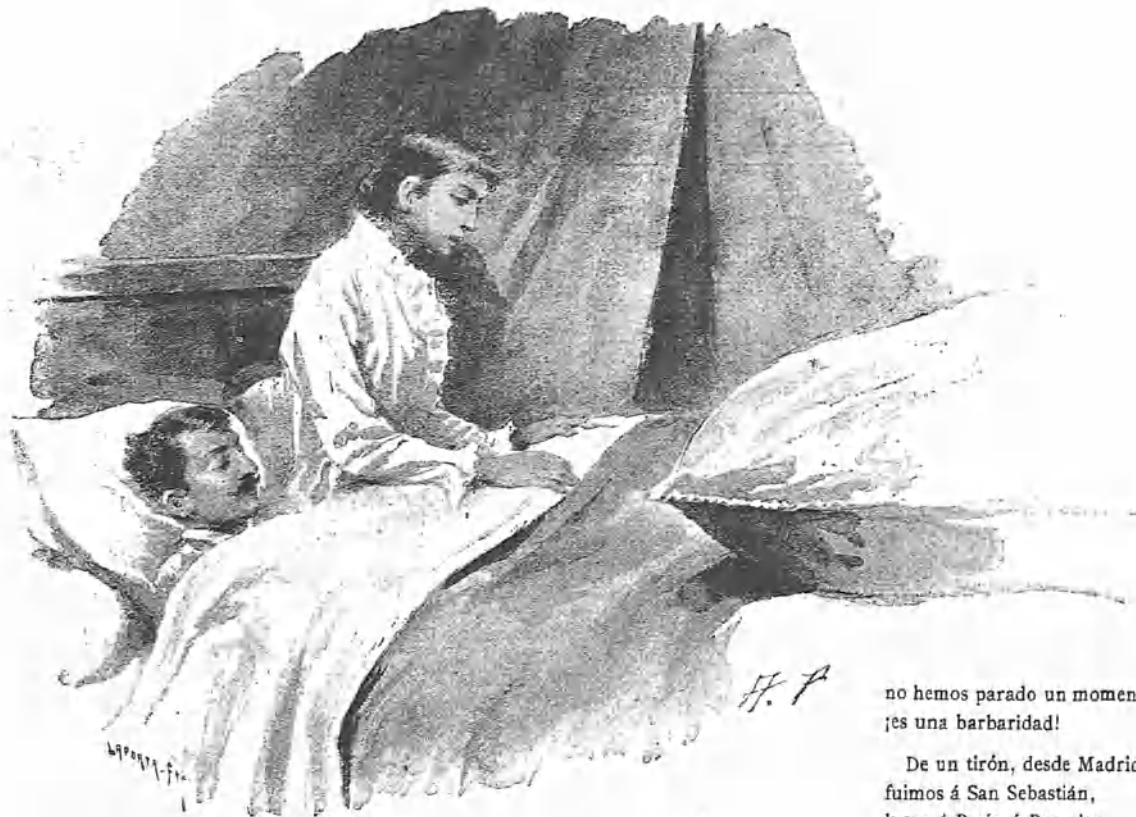
APUNTES DEL NATURAL

FEDERICO CHUECA

POR

Alfredo Perea.





LA RECIÉN CASADA

MONOLOGUITO

No tengo sueño esta noche.
¡Cosa más particular!
Se ha dormido antes que yo
por primera vez Pascual.

¡Claro! Estaría rendido.
No hemos cesado de andar.
En estos viajes de novios
se hace vida de azacán.

¡Esposo del alma mía!
¡Dormido, qué guapo está!
Contemplándole amorosa
quiero su sueño velar.

¡Cuán gozo así, mirándolo,
viendo su serena faz,
y esos bigotes tan rubios,
y esos labios de coral!

Pichoncito de mi vida,
hoy no te despertarás;
duerme tranquilo, que bien
necesitas descansar.

Desde el día de la boda,
y hace dos semanas ya,

no hemos parado un momento:
¡es una barbaridad!

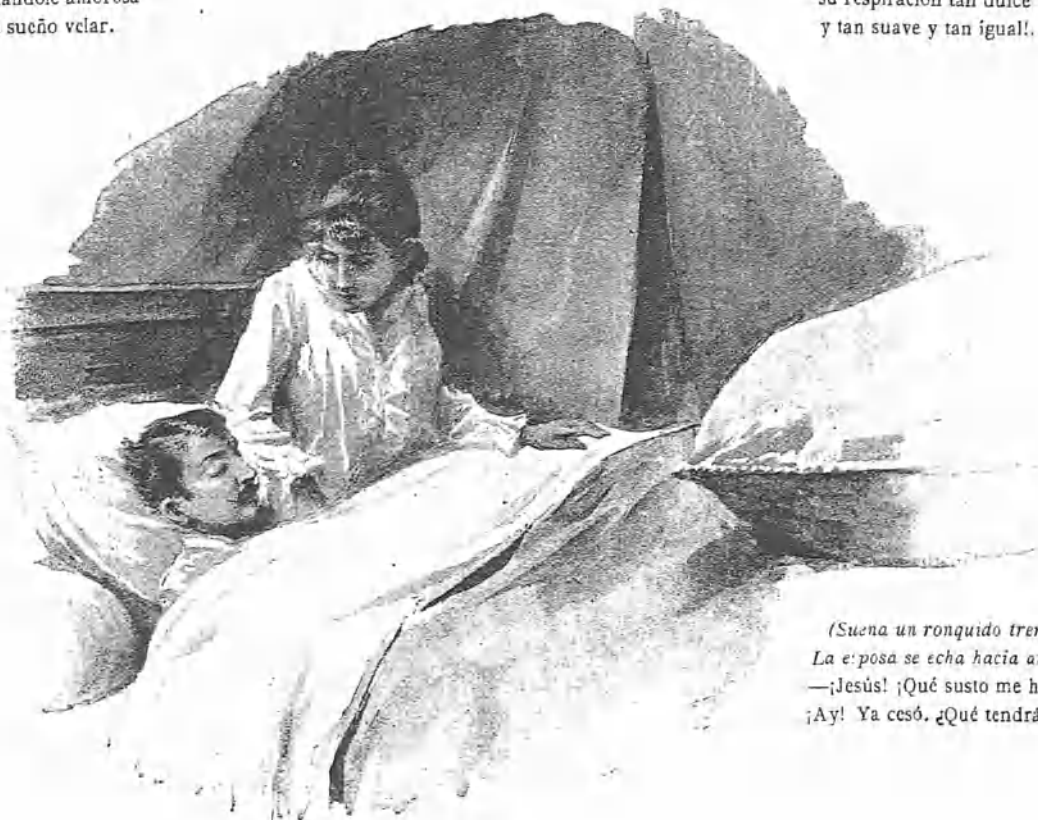
De un tirón, desde Madrid
fuimos á San Sebastián,
luego á París, á Bruselas,
no sé á cuántos sitios más

y ayer vinimos á Holanda
y estamos en Amsterdam,
adonde hoy hemos llegado
con toda felicidad;

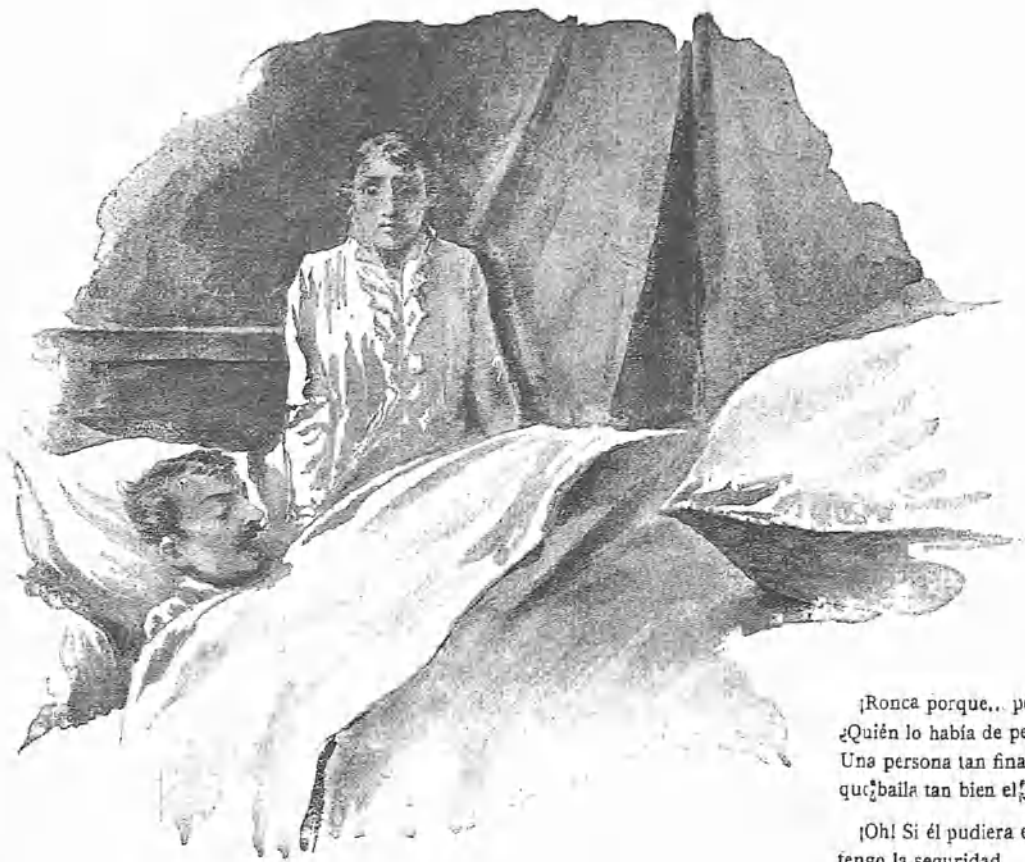
pero sin fuerzas, rendidos,
muertos de tanto viajar
y de andar rodando siempre
de la fonda al restaurant.

Me ha desvelado el café,
quiero dormir, pero ¡quía!
Voy á pasarme la noche
contemplando á mi Pascual.

¡Qué bien duerme. ¡Pobrecito!
¡Cómo me gusta escuchar
su respiración tan dulce
y tan suave y tan igual!..



(Suena un ronquido tremendo,
La esposa se echa hacia atrás.)
—¡Jesús! ¡Qué susto me ha dado!
¡Ay! Ya cesó. ¿Qué tendrá?



Tal vez una pesadilla,
acaso se encuentre mal...
Yo estaba por despertarle...
¡Sería una crueldad!

¿Otra vez? ¡Oh! ¡Qué rugido!
Parece que se va á ahogar...
¡Pascual! ¡Monín!—Ya ha callado,
ya respira natural.

Me he llevado un susto horrible.
¡Ay Dios, que vuelve á empezar!
¿Tendrá malo el corazón?
A ver si observo... *tic-tac*...

No, lo tiene muy tranquilo;
es su latido normal.
¿Por qué roncará de un modo
tan estrepitoso y tan?..

¿Lo hará así todas las noches?
¡Sería una atrocidad!
Como antes que él me he dormido
siempre, no pude observar... .

¡Ay, ya vuelve con más fuerzal
¡Sopla como un huracán!
¡Y se sonrie! No hay duda,
no es que sienta novedad.

¡Ronca porque... porque ronca!
¿Quién lo había de pensar?
Una persona tan fina,
que baila tan bien el vals...

¡Oh! Si él pudiera escucharse,
tengo la seguridad
de que le daba vergüenza
este modo de roncar.

¿Por qué no me lo habrá dicho?
Acaso no lo sabrá.
Ahora rechina los dientes,
suspira y vuelve á soplar.

¡Gruñe, canta, chilla, bufal!
¡Virgen de la Soledad!
¡Ay, qué desdicha! Mañana
se lo escribo á mi mamá.

No, no: más vale ocultarlo,
porque de él se burlarán;
mi desgracia, por desgracia,
no tiene remedio ya.



Y ahora me ocurre... ¡Dios mío!
esto lo debí esperar.
¡No ha de roncar, si es navarro
y nacido en el Roncal!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Horrores de caja.

LÉASE "errores, ó "erratas."
— ¡Qué cajistas! ¡Qué correctores!
¡Cuántas veces he oído y aun he proferido estas acusaciones!
¡Y cuán justamente pudieran los acusados replicar:— ¡Qué caligrafas! ¡Qué escribidores!
Porque con las erratas, ó con algunas erratas, suele ocurrir lo que con el servicio de correos, en ocasiones.

El individuo que no tiene gana de escribir á otro ó de pagar á un acreedor residente en otro pueblo, el novio á la novia y el marido á su mujer, aseguran que han escrito durante su ausencia y que se habrán perdido solas todas las cartas que escribieron.

Y á las veces suele ser cierto; pero otras veces no. En la Administración central de Correos depositan varios animales cartas con sobres como éste:

"Sr. D. Juan J. J., provincia de Cádiz."

O como estos otros:

"N. N., provincia de Calatayud."

"Roque Pérez. Donde se halle."

—Vengo á denunciar un abuso en el periódico— me decía uno, al parecer persona.

El me dijo que iba á la redacción para "anunciar," un abuso; pero se sobrentendía que á "denunciarle."

—¿Cuándo va á ser eso?— le pregunté.

—Ya ha sido.

—¡Pues vaya un anuncio!

—Acabo de enviar á mi chico, que está en Barcelona estudiando, porque allí tiene un tío empleado que es su padrino y le ofere mucho, cinco duros en billetes.

—¿En billetes de la lotería, ó de teatro?

—En un billete del Banco.

—¿Y acaba usted de enviarle ahora mismo? ¿Ha sido laborioso el envío? Quiero decir que si ha tardado usted muchos días en la operación.

—A mí no me han operado, caballero

—Digo en el envío del billete.

—Van diez días desde que le remití, y el chico me telegrafía que no le ha recibido.

—¿Y cómo sabía el chico que usted se le enviaba?

—Porque le telegrafé y porque me había pedido por carta veinticinco pesetas para obsequiar á su tío en el día de su Santo.

—¿Y usted está seguro de habérselas remitido?

—¡Tan seguro! En el sobrescrito le puse: "A Varisto, estudiante." Y nada más; me parece que como en Correos no sean muy brutos, bien claro está.

—¡Claro! ¿Quién no conoce á Varisto?

En las cajas ocurre lo mismo.

¡Cuántas cuartillas envía Varisto!

¡Y cuántos Varistos hay en el ramo de escribidores por afición y sin principios!

En varios periódicos hay colaboradores y colaboradores.

Los primeros, de pago ó de lujo, conforme á su posición social.

Los cola-borradores son siempre gratuitos y molestos, "á la par."

Aprovechan todas las coyunturas para manuscibir algún trabajito con destino á la prensa.

Por ellos se ha dicho sin duda lo de "hacer gemir á las prensas," y aun llorar á gritos.

—Traigo á usted este articulillo de oportunidad.

—¡Hombre!

—Ya sabe usted que en la calle del Tribulete encontraron ayer á un hombre hambre. Es decir, muerto, pero con antigüedad en el grado de cadáver.

—Sí, señor.

—De las pesquisas practicadas por la policía "resultó," que el difunto había usado el nombre de *Claudio Felegrín*. Esto me sugirió el pensamiento de escribir esta anécdota de Appio Claudio. Es muy interesante.

—Y del momento.

—Lo he extractado del...

—Sí: ¡del *Museo de las familias*!

—No; del Cesar Cantú y de Buffon y de Zola...

—¡Triple extracto!

—Si el *colaborador* es persona insignificante, con no publicar el *trabajito*, en paz.

Si es de compromiso el *colaborador*, no hay más que hacer sino corregir las cuartillas, ó lo que es igual, corregir el pensamiento y la forma y la "sinortografía."

Porque esto no huelga, por más de que, como me decía uno de *esos*, las faltas de ortografía no salen en el impreso.

—Así es—añadía con entonación de genio desordenado—que, á lo mejor, escribo "onvre y uebo y Gerita matador de toros..."

—No diga usted "á lo mejor," sino "á lo peor..."

Se escribe el artículo de nuevo y se publica.

—Está bien, dice el autor cuando le ve impreso; pero tiene muchas erratas.

—Sí; es que hay un corrector que sabe gramática y se empeña en corregir todas las bellezas de estilo, como las de usted.

—¡Pues es una gracia!

—Nosotros lo atribuimos á envidia; porque cuando tropieza con un artículo de un buen escritor, como usted, es cuando más se ensaña.

Otros autores ni siquiera lo notan.

Llegan á creer que han escrito lo publicado tal y como está.

Alguna vez, en las horas de insomnio que afligen á los poetas y á los *colaboradores* de la prensa, repasando en su memoria el articulito que ha visto la luz, se dice el engañado padre:

—¿Cómo se me ocurriría á mí aquella palabra que no es de mi repertorio? ¿Y aquella otra? "¡Marasmo!" No la conocía siquiera. Morisma sí, y Marrano y Marisco, pero "Marasmo..." Jamás.

Se ha dado el caso de llevar al director de un periódico un articulito referente á la península de los Balkanes.

Un estudio, parte tomado del natural, ó sea de un libro histórico, y parte de inventiva lamentable.

Como no podía desairar el director al voluntario periodista, rehizo el trabajo y le publicó, por supuesto con la firma, que es lo que interesa á los *colaboradores*. La firma del autor.

—¡Pero qué imprenta es esa? preguntaba indignado el *escribidor*.

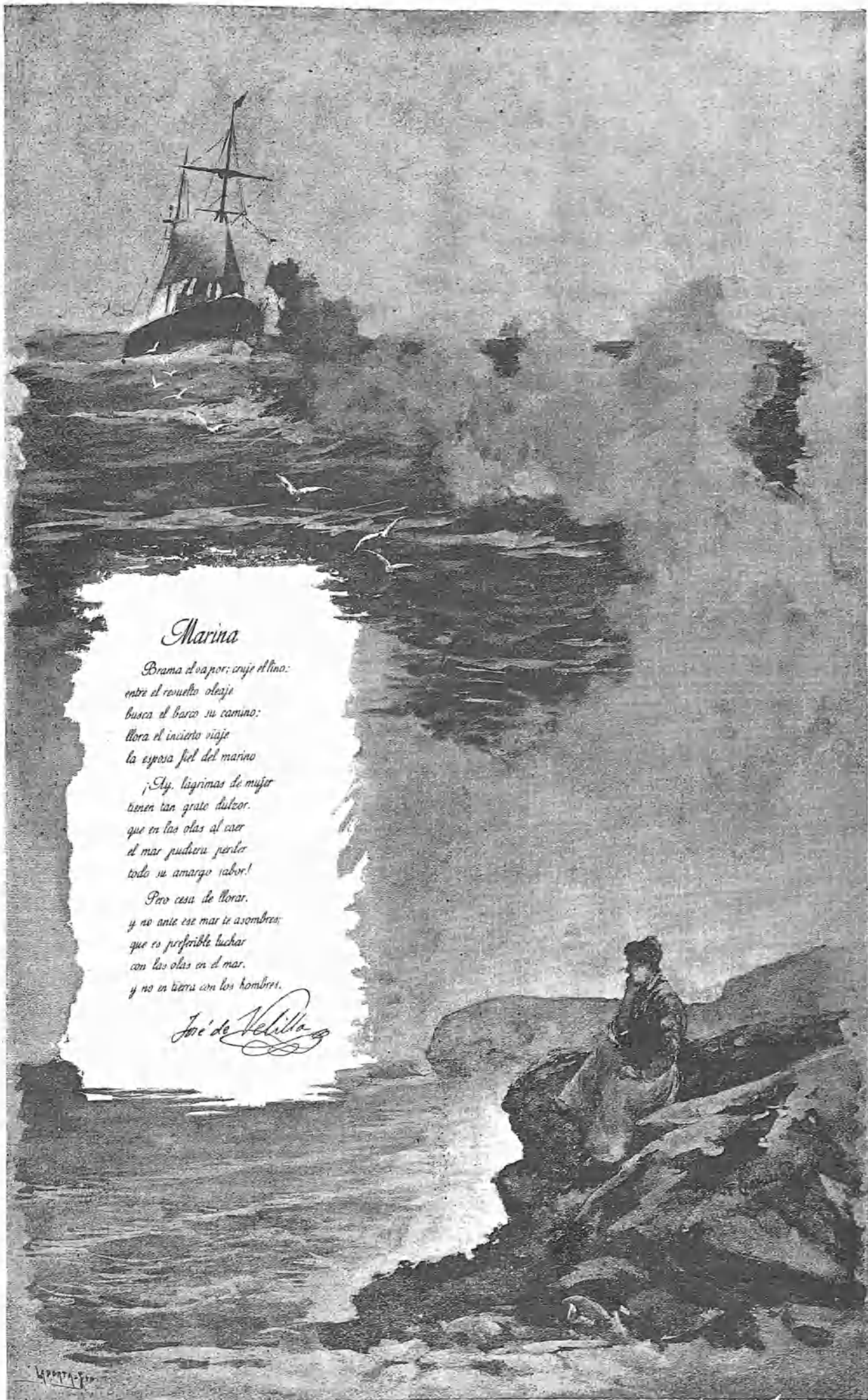
—¿Qué? ¿Ha encontrado usted alguna errata? le preguntó el director del periódico.

—¿Qué alguna? ¡Si yo escribí un estudio de los Balkanes y ha salido un artículo proponiendo al ministro de Hacienda un impuesto sobre puertas y balcones!

El director le recordó el fenómeno del loro de Gedón, que empezó á vivir de loro y acabó de gato.

EDUARDO DE PALACIO





Marina

Brama el vapor; cruje el lino:
entre el revuelto oleaje
busca el barco su camino:
llora el incierto viaje
la esposa fiel del marino

¡Ay, lágrimas de mujer
tienen tan grato dulzor,
que en las olas al caer
el mar pudiera perder
todo su amargo sabor!

Pero cesa de llorar,
y no ante ese mar te asombres:
que es preferible luchar
con las olas en el mar,
y no en tierra con los hombres.

José de Velilla



Medio Madrid se dispone á marcharse con la música á otra parte; disposición musical que se explica por el tiempo que hace, que es un «tiempo de marcha.»

Para las mujeres y para las hijas que han triunfado de la resistencia de los maridos y de los padres, es un tiempo de marcha triunfal.

Para los padres y para los maridos que ven perecer sus «recursos ante los «recursos femeninos,» es un tiempo de marcha fúnebre.

En esta época del año, en que el calor es riguroso, los viajes son también de rigor.

La estación de verano lleva forzosamente á la estación del Norte.

Pero si los viajes se imponen, la música se impone con ellos.

Las chicharras, esas típicas silvestres, y los grillos, esos maestros cantores de negro casación, chillan que se las pelan.

El viajar ahora, es de «buen tono.»

Los que van á viajar andan tomando «notas;» y si el viaje es por mar, ya están pensando en las «escalas» que tendrán que hacer.

El sol pica de un modo irresistible, y nadie «puede verlo.»

Hacen bien: el sol de Julio es un sol feo.

Algunas jóvenes, al influjo de ese sol abrasador, se suben de punto y dan un sí más abrasador todavía. Este sí ha sido el principio de unas cuantas fugas que han tenido gran resonancia.

Por singular contraste, siendo el sí la mejor nota de la escala, las muchachas que dan aquel sí para fugarse, «con escalas» ó sin ella, resultan muchachas de «mala nota.»

Como es natural, los parientes de las jóvenes fugadas han puesto el grito en el cielo, las autoridades han tomado sus medidas, las doncellas y los criados cómplices han «cantado de plano», y los enamorados, interrumpidos en el «alegretto» de su dúo, han tenido que volver «cantando bajito» y con acompañamiento de la Guardia civil.

Una respetable ciudadana que en su juventud se fugó tres veces, ha hecho una observación curiosa, que pongo en conocimiento de las chicas vehementes para que reflexionen antes de dar aquel paso... á dos.

Los amores de los que se fugan suelen durar poco. Son amores fugaces.

La señal, ó, mejor dicho, el «toque de marcha» para el veraneo parece que ha venido á darlo la banda de cornetas de Cereceda, que ha comenzado su temporada en el Príncipe Alfonso, con una obra de indiscutible oportunidad en el verano: *El chaleco blanco*.

El público aplaudió con calor—es na-

tural—á las chicas de la banda que han venido á «refrescar»—esto sí que no parece natural—los laureles conquistados en temporadas anteriores.

Al salir hace pocas noches del teatro, me decía un amigo muy formalmente:

—La compañía no me disgusta en general, y me gusta en cornetas; pero en este teatro y en esta temporada, siempre echaré de menos un actor irremplazable.

Para poder contrarrestar en Madrid el calor de Julio, nada ha habido ni habrá tan á propósito como la *frasecra de Julio*,... Ruiz.

Pero Julio Ruiz está en Buenos Aires, donde, según parece, le soplan aires buenos. Ha habido quien ha dicho que Julio pensaba «meterse trailes» y quien ha asegurado que pensaba tomar carta de naturaleza en la República Argentina. Pero Julio ha desmentido el primer rumor, y yo puedo afirmar, respecto al segundo, que lo que Julio ha tratado de «naturalizar» en aquella república, es su voz.

De modo que cuando vuelva á España no vamos á conocerlo, porque traerá una voz... argentina.

El recuerdo de Ruiz me trae á la memoria el de una estatua, y esa estatua, sin ser la del Comendador, me lleva como de la mano á decir algo de la magnífica estatua de doña María Cristina de Borbón, que frente al Casón han levantado, y que fué descubierta por el Rey, el próximo pasado domingo.

Es un monumento sencillo y admirable, que acredita una vez más el talento y la habilidad del notabilísimo escultor D. Mariano Pelliñer, y el saber y la maestría del excelente arquitecto Sr. Aguado, que ha trazado y hecho el pedestal.

Con motivo de la inauguración de este monumento, los diarios han publicado extensas noticias biográficas de aquella ilustre dama que un día simbolizó las libertades públicas en España, que procuró fomentar las Letras y las Artes, á que era muy aficionada, especialmente á la pintura, que cultivó con asiduidad, pintando algunos cuadros muy dignos de aprecio, y que realizó hechos y fundaciones merecedoras de alabanza y de recuerdo, las cuales en las inscripciones del monumento están concisa y oportunamente consignadas: Conservatorio de música, Decreto de amnistía, Ministerio de Fomento, Estatuto de 1834, Ciencias, Artes y Oficios, Convenio de Vergara, Universidades del Reino, títulos son que dan firmeza al pedestal y que justifican la estatua.

Tardío é incompleto resultaría nuestro trabajo, siendo extracto ó repetición de lo ya dicho. Preferible nos parece recordar con este motivo alguna curiosa anécdota de su vida, y acaso ninguna más interesante que la de su matrimonio morganático con D. Agustín Fernando Muñoz, después



DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

duque de Rínsares, celebrado secretamente en Madrid, á los tres meses de muerto su primer marido, regularizado canónicamente por Su Santidad en 1841, «descubierto» por Espárrero en las Cortes para quitarle la Regencia, autorizado por Isabel II, en Real decreto de 21 de Octubre de 1844 y de nuevo bendecido, ya públicamente, por la Iglesia á los dos días de firmado dicho Real decreto.

Un biógrafo de la Reina Gobernadora cuenta lo sucedido en estos términos: «Amaba con pasión á un joven guardia de Corps, llamado D. Fernando Muñoz, pero la diferencia de esferas y de categorías era un obstáculo algo difícil de vencer; mas la Reina, resuelta á tomar la iniciativa en tan delicado asunto, dispuso un viaje al intento al Real Sitio de Quitapesares, posesión deliciosa á ocho leguas distante de la capital. El 17 de Diciembre de 1833 fué el día en que CRISTINA se decidió á emprender su viaje. El temporal era crudo é intenso; la temperatura muy elevada; las nieves y hielos habían puesto casi impracticable el camino; pero nada de esto bastó á arredrar á la Reina; propúsose desafiar los desencadenados elementos, y partió en la madrugada del 17. La causa de este tenaz arrojó consistía en que el garzón D. Fernando Muñoz se hallaba aquella semana de servicio, y no quería CRISTINA desaprovechar ocasión tan favorable. Constituían la comitiva de esta señora en tan atrevida expedición el Ayudante general de guardias Palafox, el gentilhomme Carbonell y el garzón D. Fernando Muñoz. Las nieves, profusamente acumuladas en el puerto de Guadarrama, obstruían el camino y dificultaban el tránsito; pero la reina, con un valor ejemplar, superior al de su sexo y del que hasta entonces no había dado prueba alguna ostensible, mandó avanzar. Acabáronse sin demora sus órdenes; mas á no ser por el choque del reglo carruaje con unas carretas de madera interpuestas en el camino, se habría aquél derrumbado, con grave riesgo de la Regente y de los que la acompañaban. Este peligro obligó á la ilustre viajera á suspender su marcha; sin embargo, no desistió; mandó poner expedito el camino en la tarde y noche del 17, y el 18, atravesando el puerto, llegó á Quitapesares.

«En la quinta le fué ya fácil á CRISTINA dar cumplida cima á sus proyectos. Aquel la viuda de Fernando dispuso hábilmente un paseo, y aprovechándose de la ausencia motivada del ayudante Arteaga, tuvo con Muñoz una conferencia amorosa. Desde entonces cambió de faz la fortuna del venturoso Muñoz; prodigáronle títulos, honores y riquezas, y á la investidura y carácter de gentilhomme, agregó el tren y ostentación que parecía reclamar su nuevo rango. No subsistieron, sin embargo, estas relaciones amorosas, con mengua de la moral privada; severa CRISTINA con sus propios sentimientos en esta parte, quiso que la religión viniera á sancionarlos, y á las siete de la mañana del día 28 de Diciembre de 1833 se verificó el matrimonio morganático

entre la Reina viuda de las Españas y el gentilhomme D. Fernando Muñoz.»

doña María Cristina de Borbón, cuarta mujer de Fernando VII, era hija de Francisco I, rey de las Dos Sicilias, y de su segunda mujer María Isabel, infanta de España, hija de Carlos IV.

Nació en Palermo el 27 de Abril de 1806. — Murió en el Havre el 22 de Agosto de 1876.

Con motivo de su fallecimiento, el ilustrado escritor D. José Fernández Bremón hizo un notable artículo, que terminaba con estas palabras: «No necesita doña María Cristina de Borbón un gran epitafio para atraer la atención hacia su sepulcro: su nombre, inscrito en una losa, es una crónica.»

El año que se ha despertado hace algunos años por levantar monumentos y erigir estatuas que perpetúen el recuerdo de nuestras glorias nacionales, y sirven para que el pueblo aprenda los hechos y los nombres que ilustran y enaltecen á España, es un año loable, y sería verdaderamente sensible que pasara, ó se amortiguara antes de rendir aquel tributo de merecida veneración á muchos ilustres hijos de Madrid, á los que, por lo visto, no ha llegado todavía la ocasión.

Quintana, Moratín, Claudio Coello, Tirso de Molina, Moreto... ¡Quevedo! y otros muchos, no tienen estatua en esa villa y corte, que se honra contándolos entre sus preciosos hijos.

Salvase pronto esta incomprensible omisión, y repárase esa vergonzosa injusticia, sin cuando sea aumentando el número de los *santi boniti barati* de la plaza de la Cibeles.

Para terminar.

En las calles, en los paseos, en las casas, en los cafés, en los periódicos y ¿qué más? hasta en el Senado y en el Congreso, se sigue hablando de la *Bella Chiquita*.

Probable, mejor dicho, seguramente, sin la extremada ociosidad y el exagerado ardimiento de los poco prudentes paladines de doña Moralidad del Tohoso, á estas horas nadie se acordaría de aquella bailarina de Circo, ni de su danza, y no habrían alcanzado la escandalosa celebridad que no merecen, que ellos les han dado y que sin ellos no hubieran conseguido.

Cualquiera creería que esos buenos señores, que son tan aficionados á andar en juicios, no tienen muy seguro el suyo propio.

Anoche decía un sujeto hablando de este asunto:

—Yo no he visto á esa bailarina, ni he visto esa danza; pero deben ser terribles cuando han logrado hacer impresión hasta en los Cuerpos... Colegisladores.

Y otro agregaba:

—Yo tampoco he visto la danza ni la danzante; pero asegurando los neo-moralizadores que esas cosas no deben verse, por caprichos de la casualidad, hasta el juicio ha correspondido al juzgado de Buenavista.

Ego,



ESTATUA DE LA REINA GOBERNADORA DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBÓN
Apunte de nuestro colaborador artístico D. F. Escudé.

À LA PRENSA

¡DOS DE JULIO! En esta día, que es de su vida el primero, la Revista LA GRAN VÍA, con entusiasmo sincero,

con satisfacción inmensa y con afecto leal, saluda á toda la prensa extranjera y nacional.

Siempre humilde ha de vivir, como humilde es al nacer; con nadie ha de competir, de todos ha de aprender.

Así, pretendiendo ir lejos, por buenos y honrados modos, á todos pide consejos y brinda amistad á todos.

No habiendo recibido el grabado en madera que encargamos á Paris, de la portada del periódico, dibujada por los excelentes artistas D. Cecilio Plá y D. José Ariza, damos un fotografiado de aquel dibujo, para que sirva de portada provisional.

La Empresa de LA GRAN VÍA tiene hecho un contrato con los señores Hauser y Menet, editores de *La España Ilustrada*, para el derecho de reproducción de las magníficas fotopias que forman aquella obra, en las columnas de esta Revista.

Escepticismo.

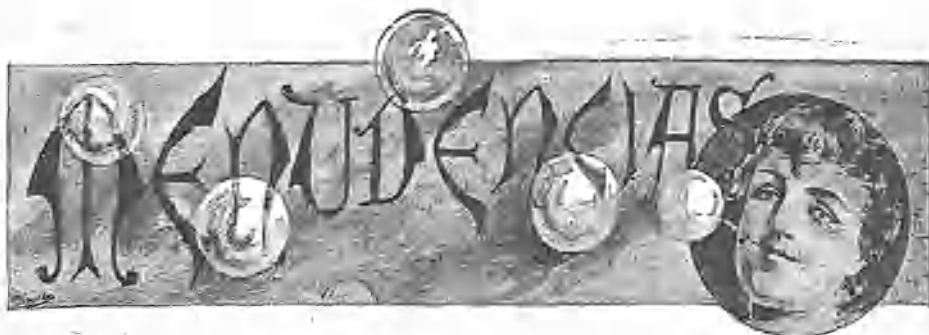


Quando el viaje disjunta, fué á ver Inés don Gaspar; si una silla libre habia, y sobre un mundo aquel día se tuvo al fin que sentar.

Desde entonces con frecuencia, dando un suspiro profundo, dice esta grave sentencia: ¡Se está muy mal en el mundo! ¡Yo lo sé por experiencia!!

T. Ruiz.

La condesa de... es una jamaña muy bien conservada. —Yo debo este beneficio—decía ayer—á mi frialdad para recibir á los apasionados, y á mi frescura para despedir á los impertinentes.—Nada conserva mejor que el frío y el hielo.



El rico y el sabio.

Un siglo hará murióse un tío opulento, lo enterraron, y ¡abur! se acabó el cuento De gusanos plagóse el cuerpo frío, y ya nadie se acuerda de aquel tío.

En la siguiente aurora á un pobre sabio le llegó la hora, y del gusano vil tampoco libra, que el cuerpo le devora fibra á fibra. Quieren roer su nombre... ¡Intentos vanos! ¡La gloria no la comen los gusanos!

VENTURA R. AGUILERA.



Entre padres de familia.

DIÁLOGO



—¡Qué corrupción la de estos tiempos, don Casto!

—¡Qué inmoralidad la de esta época, señor don Puro!

—Anatolio, el joven Anatolio, se ha fugado al extranjero con una bailarina, abandonando á su adorable esposa.

—¡Pobre mujer! ¡Qué desdicha! Si ahora Dios le da hijos, los pobrecitos ya no tendrán padre.

Pepe tiene un tío muy rico, y el tío de Pepe padece una enfermedad muy grave.

—Quiero verle, doctor—dice Pepe, que acaba de llegar del tren;—he hecho el viaje sólo para verle.

—¡Imposible, caballero!—contesta el médico.—La emoción más leve podría costarle la vida.

—¡Ah, doctor!—exclama el acongojado sobrino.—El cariño que le tengo es tan grande, que quiero verle... *cueste lo que cueste.*

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

DE

GASPAR ABATI

Capellanes, 10.

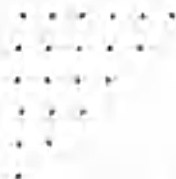
Véase el anuncio de la tercera plana de la cubierta.

Charada.

Con la prima-segunda se hace ¡punt! Para prima-segunda se hace pan. Si estás al dos-primerá el todo pon, ó por prima-primerá te tendrán.

A. R.

TRIANGULO



Sustituir los puntos por letras, combinadas de modo que horizontal y verticalmente pueda leerse, siguiendo las líneas de arriba abajo ó de izquierda á derecha:

En la primera, un nombre de varón; en la segunda, un número; en la tres, lo que forma en las casas el tejado; en la siguiente, un nombre de mujer; en la quinta, una nota, y en la sexta, letra, que es nombre y número á la vez.

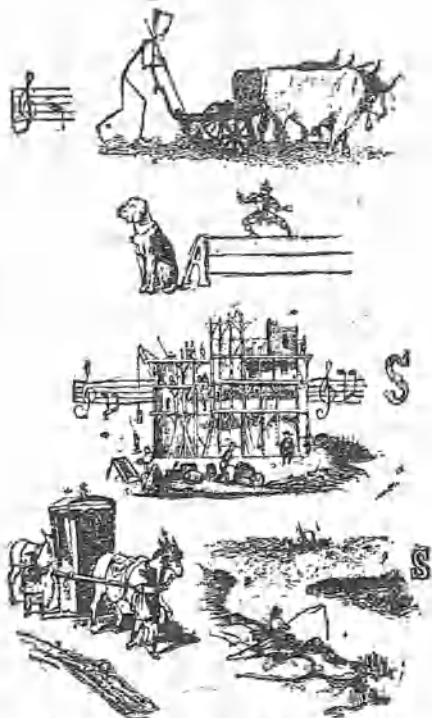
A. R.

Enigma histórico.

Pasé en poquísimos días, pues apenas fueron ocho, de la barca á la tribuna, y de la tribuna al trono; del trono á la calle, siendo perseguido como loco, y asesinado y llevado á un muladar asqueroso, y para remate, luego divinizado por todos.

A. Rodríguez

Jeroglífico.



Todas las soluciones en el número próximo.